

Una estrategia de resistencia libertaria

ORIGINALIDAD DEL ZAPATISMO

Si hay algo que de entrada distingue al Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) del conjunto de corrientes y organizaciones políticas que se identifican con las izquierdas es, sin duda, su capacidad de vencer la inmediatez, de no dejarse atrapar por las necesidades apremiantes y reaccionar a los acontecimientos que se imponen día a día, sino que —sin alejarse de los mismos— se plantea siempre una visión que los procesa y redimensiona conforme a sus objetivos de mediano y largo plazo. Así fue desde su inicio en la Selva Lacandona donde, a partir de 1983, formó, en contacto con los pueblos indios, una opción organizativa, política y militar que no brotó a la luz del día hasta diez años después. Gobernar los tiempos, seguir sus propios y singulares ritmos y los de las comunidades, caminar abriendo caminos inexplorados sin precipitarse a responder a los dictados de circunstancias siempre cambiantes, veleidosas, significó ir contra la corriente, remontando las inercias de una izquierda impaciente atrapada por la urgencia de notoriedad, de reconocimiento, de conquista de éxitos públicos y espacios de poder (o casi) administrables que la potenciaran.

De esta forma, el EZLN se situó de entrada *en la perspectiva, en el periodo largo*, duradero, desarrollando la capacidad de decidir cómo y cuándo participar en una coyuntura, intervenir en un momento relevante cargado de posibilidades, respondiendo al ahora, pero desde el ayer y con el mañana invariablemente en la mira. Esto es, rehabilitó el despoblado terreno de la *estrategia*.

Esta virtud del EZLN ha levantado muchas polémicas e irritaciones en torno a su pretendido desapego respecto a los procesos políticos nacio-

nales e internacionales y hasta acusaciones de abandono de la política, de despolitización de sus prácticas sociales e incluso ¡localismo! Y no solo cuando, en determinados momentos, y a veces durante largos periodos, se ha refugiado en un silencio que siempre resulta ensordecedor, sino también cuando utiliza la palabra para plantear sus críticas, sus ironías, sus análisis y propuestas. “La palabra como arma y el silencio como estrategia”, enfatiza el Subcomandante Marcos,¹ pero ni el silencio ni la palabra resultan convincentes en un medio político degradado en que las ideas que articulan las palabras se deslavan y los contornos y colores de las ideologías y banderías políticas se difuminan hasta confundirse y desaparecer, dando lugar a una opacidad indiferenciada de partidos y corrientes, mimetizados en visiones y prácticas hasta volverse lo mismo. Menos el silencio —tan rechazado, tan temido por la clase política y los medios a quienes la incertidumbre inquieta—, cuando la política ya no es sino mediática y las movilizaciones se reemplazan por el ruido atronador en los medios electrónicos, por el escándalo mediático que imprime notoriedad a partidos, organizaciones sociales y civiles y sus omnipresentes y muy maquillados, impostados, estruendosos voceros.

Frente a un pragmatismo desbocado que determina al conjunto de organizaciones políticas de izquierda (y las de otro signo también) concentradas en la conquista de espacios institucionales, de cargos y representaciones formales que potencien los intereses de sus aparatos partidarios (y su respectiva fracción de la clase política), se levanta la posibilidad de formular, de perseguir una estrategia de carácter libertario, al retomar el horizonte en los términos de los zapatistas, planteándose construir un camino de resistencia que vaya más allá, en la búsqueda de la autoorganización y la autonomía de las organizaciones, comunidades y pueblos, de “las sociedades civiles”, como dicen.

REPARAR LA IZQUIERDA

Contra quienes consideran que el EZLN carece de ideas y propuestas, de análisis políticos, que pudieran contribuir al debate teórico de la izquierda y los movimientos sociales, refundiéndolo como un proyecto meramente moral, considero que ha podido realizar —a través de numerosos comunicados, textos, iniciativas y prácticas— una lectura de la realidad nacional e incluso internacional que no solo ha contribuido a introducir la perspec-

¹ Véase la entrevista a Marcos en Gloria Muñoz Ramírez, *EZLN: 20 y 10 el fuego y la palabra*, México, Rebeldía/La Jornada Ediciones, 2003.

tiva de los movimientos indios, sino que ha permitido arreglar los relojes y las brújulas de la izquierda completamente atrofiados por el electoralismo, el pragmatismo y la desilusión por la caída de los regímenes del socialismo real y el aparente triunfo irrefrenable de las políticas neoliberales, del capitalismo y la nueva dominación imperial, neocolonial, cristalizada en Estados Unidos.

Al reintroducir los debates sobre la resistencia y la lucha por la autonomía del movimiento social frente al poder, en la perspectiva de la democracia y la justicia, del autogobierno, la autogestión y la igualdad, el EZLN plantea las bases para una *estrategia de liberación* que se asienta en el reconocimiento de la diversidad, la pluralidad, la tolerancia. Rechaza todo vanguardismo y universalismo, precisamente porque parte de la necesidad de teorizar las experiencias y tradiciones de cada quien, en las condiciones concretas que no pueden dejar de ser singulares, específicas, probablemente irrepetibles. Para los zapatistas, la teoría no puede resultar sino de la práctica, lo que implica diversidad de situaciones, de condiciones, de momentos, de periodos, de formas.²

Por supuesto que este enfoque ha llevado a críticas sobre el pretendido “localismo” del EZLN o su negativa a asumir realmente la dimensión y alcance generales de toda teorización. Pero, en realidad, de ninguna manera se niega a la reflexión teórica, sino que pone por delante prevenciones sobre el esquematismo, las generalizaciones forzadas y las imitaciones acrílicas que matan toda teoría y cualquier práctica política independiente. Sus planteamientos tienen, de hecho, la virtud de retomar el sentido realmente revolucionario de la teoría de dirigirse no solo a la crítica, al análisis, sino básicamente a la acción, a la transformación de la propia realidad: “Al señalar y analizar, al discutir y polemizar, no solo lo hacemos para saber qué ocurre y entenderlo, sino también, y sobre todo, para tratar de transformarlo”.³

Lo cierto es que los zapatistas no han dejado de proponer e implementar iniciativas políticas que, a su vez, permitieron organizar debates y reuniones sobre distintas cuestiones que han permitido enriquecer las opciones teóricas y políticas (e incluso culturales) de la izquierda. A nivel nacional, de México, por supuesto, pero no han faltado las propues-

²“La reflexión teórica sobre la teoría se llama ‘Metateoría’. La metateoría de los zapatistas es nuestra práctica”, Subcomandante Insurgente Marcos, “El mundo: Siete pensamientos en mayo de 2003”, *Rebeldía*, núm. 7, mayo de 2003.

³ *Idem*.

tas que siempre rebasan las débiles y estrechas (de más en más porosas) fronteras nacionales, para alcanzar cada vez más movimientos, corrientes y organizaciones políticas y sociales abiertamente sumadas a la búsqueda de alternativas de izquierda en la defensa de la humanidad y en la lucha contra el neoliberalismo.

En este sentido, sus propuestas engarzan teoría y práctica, contribuyen a la reflexión teórica y el debate colectivo, al tiempo que coadyuvan a la recomposición y reorganización de la izquierda y el movimiento social planetario. Hay que revisar al detalle los numerosos tomos en que se han convertido los innumerables comunicados —y en particular los aportes de más largo aliento del Sup Marcos— para descubrir elementos que parten del conocimiento profundo de la vida concreta de las comunidades zapatistas de Chiapas, que se desplazan por la historia, y los rasgos de los pueblos indios de México, pero que no dejan de articularse con los procesos más generales que atraviesan la realidad mexicana y, más todavía, distintos países, el mundo. De entrada, cuando los zapatistas apuntan a la lucha en defensa de la humanidad y contra el neoliberalismo, se están insertando (se entienden) en un proceso de resistencia global de búsquedas y construcción de opciones políticas e ideológicas claramente ancladas en la izquierda del espectro político mundial. El neoliberalismo, la guerra, el persistente y renovado imperialismo, la mundialización de la economía y de las luchas, la crisis de las democracias, el Estado y el poder, los partidos, la clase política, pueden resultar para muchos temas extraños o irrelevantes en un discurso que proviene de las entrañas de la Selva Lacandona, pero precisamente muestran el enorme alcance y la dimensión teórica que han logrado en forma inesperada la rebelión de los indios mexicanos y su lucha por la autonomía, sus derechos y su cultura en tanto pueblos originarios. Más aún si escudriñamos los comunicados con una lectura crítica en busca de la visión del EZLN sobre el desarrollo de los procesos políticos y sociales mexicanos, las coyunturas, los actores políticos, las instituciones en crisis y los posibles desenlaces.

UN PENSAMIENTO QUE SE UNIVERSALIZA

Y cuando se habla de dimensión teórica del aporte zapatista, no hay que considerar exclusivamente el discurso y las propuestas específicas del EZLN, en particular del Subcomandante Marcos. Hace falta acudir a la reflexión, la elaboración, la investigación, el debate que han suscitado en México y en muchos países; lo mismo en medios académicos e intelectuales que en los círculos de la izquierda varia y la izquierda radical, en el terreno del

movimiento social planetario. Libros, artículos, documentos, sitios de internet, seminarios, reuniones académicas y políticas, un poco por todas partes y no nada más en las montañas del sureste mexicano, revelan una amplia resonancia del zapatismo,⁴ que por supuesto no hay que confundir con las ideas de este último. Pero la densidad del aporte político y teórico del EZLN y del movimiento zapatista se nutre de muchas y muy diferentes voces, experiencias y perspectivas, que confluyen en la brega en pos de “un mundo donde quepan muchos mundos”.⁵

Para nada los zapatistas se consideran ni precursores ni representantes del vasto movimiento altermundialista, pero no cabe duda de que su papel ha sido fundamental para relanzar debates y reflexiones prácticamente abandonados ante el avance del pensamiento único, el desencanto y el pragmatismo universal de las izquierdas. Más todavía, para actualizar las posibilidades prácticas de la resistencia, la recomposición y la construcción de alternativas desde el punto de vista de los oprimidos, explotados, excluidos y abandonados del planeta. En suma, para resituar en la orden del día la persecución, el asedio a la utopía —como bien decía Mario Payeras—,⁶ que parece significar hoy la lucha por la democracia, la libertad, la justicia y la igualdad, cuestiones centrales redimensionadas por la revuelta del EZLN y las comunidades zapatistas. Y el despropósito es que se trata de utopías realistas, alcanzables. Tal vez una de las contribuciones de los zapatistas que vale la pena destacar es la necesidad de avizorar la resistencia desde una perspectiva de largo plazo, esto es desde una concepción estratégica. *Vital*, pues precisamente el conjunto de los partidos de izquierda se encuentra atascado por la inercia de la inmediatez, del tacticismo elemental, unilateral, monocromático, dirigido a la conquista de espacios de representación institucionales de pretendido (o real) poder —incluso gobiernos nacionales o locales— donde poner en práctica, con su mejor empeño, las políticas neoliberales de la derecha capitalista.

La estrategia política del EZLN puede discernirse partiendo de *lo que hoy es*, de sus vínculos con “las sociedades civiles”, remontando toda la densidad de su historia, su enraizamiento en las comunidades, la transfiguración de sus concepciones teóricas y políticas por el choque con la vida de los pueblos indios, recorriendo entonces el camino que abre, que dirige el rumbo

⁴ John Holloway, “La resonancia del zapatismo”, *Chiapas*, núm. 3, 1996.

⁵ “Cuarta Declaración de la Selva Lacandona” (1 de enero de 1996), EZLN, *Documentos y comunicados*, 3, México, Era, 1997.

⁶ Mario Payeras, *Asedio a la utopía. Ensayos políticos, 1989-1994*, Guatemala, Luna y Sol, 1996.

hacia el mañana que avista desde ahora un mundo muy otro, plural, igualitario, democrático. Esto es, frente a lo que algunos descubren como estrecho, localista, de poco alcance (“reformismo sin reformas”), incluso “tradicionalista” (con lo que se quieren remitir a la añoranza por el ayer) observo que los zapatistas no solo vienen de lejos (500 años de resistencia, insisten), sino que miran muy adelante, prefiguran una *tendencia* duradera. Avanzan hacia un horizonte de cambio verdadero, de transformaciones materiales y culturales, que involucran la existencia entera de las comunidades, la vida y las decisiones colectivas, es decir la *política*, al principio obviamente de las comunidades zapatistas, de Chiapas, pero que para nada recaen en una visión aislacionista o localista. En lo que hoy es, se prefigura lo que el EZLN será.

La visión de los “islotés”, planteada recientemente por Marcos⁷ para referirse a los Caracoles y Juntas de Buen Gobierno (JBG) zapatistas, propone el camino de construcción de “espacios de resistencia” que pueden brotar por todas partes como posibilidades de explorar formas de resistencia y lucha que vayan transformando las condiciones y relaciones sociales de manera autónoma, autogestionaria, sin pretensiones de marcar un rumbo único, una concepción generalizable,⁸ pero sí en el ánimo de no esperar a que se pueda realizar la revolución universal sino dar pasos para intentar el despropósito (como acostumbran decir) de construir desde ahora el nuevo mundo igualitario, en el terreno y como vía de resistencia. ¿Cómo si no comenzar a modificar las relaciones de fuerza del todo adversas? ¿Cómo del repliegue, del acorralamiento en que estamos todos por doquier en el mundo, podremos derribar barreras, saltar cercos y prepararnos para estar en condiciones de revertir la relación de fuerzas y vencer a un enemigo omnipotente y avasallador? En fin, el viejo debate de cómo arribar y llevar adelante la Revolución (con mayúscula), el trastocamiento del muy viejo pero imponente mundo que nos jerarquiza, explota, segrega, excluye y domina. Y aquí el EZLN se sitúa como *rebeldé*, en resistencia, pero en lucha por un mundo nuevo.

Lo anterior, evidentemente puede (y debe) provocar debates y referencias en torno a distintos momentos y experiencias de la historia del socialismo del siglo xx (del pretendido socialismo en un solo país a la autogestión). Empero, lo importante, lo significativo, a mi parecer, está en el planteamien-

⁷ Subcomandante Insurgente Marcos, *Leer un video*, separata de *Rebeldía*, núm. 23, septiembre de 2004.

⁸ “Somos un síntoma y pensamos que nuestro deber es mantenernos lo más posible como asidero y referente, pero no como modelo a seguir”, Gloria Muñoz Ramírez, *20 y 10...*, *op. cit.*, p. 288.

to del EZLN de ofrecer la posibilidad de conquistar espacios sociales que se acondicionan y potencian como lugares públicos, colectivos, como espacios de resistencia donde pueden ensayarse nuevas prácticas políticas y sociales, para revitalizar el terreno de lo político entendido como el ámbito del pensar, decidir y hacer en colectivo. “Bolsas de resistencia”, *islot*es de resistencia, de lo que se trata es de la búsqueda de caminos, del ensayo de opciones, que posibiliten *el hacer ahora, el resistir ya*, cotidianamente, pero en el trayecto de una lucha de largo aliento por un nuevo mundo igualitario. La Revolución, sin duda, cualquiera que sea la etiqueta, el nombre (el carácter) que se le añade, es verdad que es un tema que no puede dejar de plantearse en una perspectiva de largo plazo, en una visión *estratégica* de lucha, pero tampoco se puede sobreponer como antaño en tanto objetivo articulador, pero lejano, inalcanzable. La resistencia no se puede tampoco sobreponer a la Revolución, menos sustituirla, pero en cambio considero que el debate debe dirigirse a lo que los zapatistas señalan como caminos a construir y recorrer. Aquí habría que retomar y seguir más de cerca la fundación y desarrollo de los Caracoles y las JBG como intentos de edificación de gobiernos de base, sin burocracias profesionales, profundamente democráticos, en los que la *representación* (tan en crisis en todas partes) cobra sentidos nuevos e inéditos y se reorganizan estructuras políticas y relaciones que devienen igualitarias. Incluso se están viendo obligados a experimentar formas de gobierno efímeras (con sus días contados desde el inicio), de rendición de cuentas, de rotación de cargos, etc., pero igualmente de aplicación de la legalidad (¿cuál? ¿quién y cómo la define?) para la solución de los conflictos intra y extracomunitarios.⁹

RESISTIR, EMANCIPAR

Aparte de los debates y elaboraciones estimulados por el EZLN con sus propios aportes y no pocas provocaciones, lo más significativo es que también se ha dirigido a alentar los procesos de resistencia y a reproducir los vínculos entre muy distintos sectores sociales, étnicos, políticos, culturales que, atravesando a México, lo desbordan para alcanzar numerosos países, el planeta todo. Desde el comienzo, cuando la guerra estalló en enero de 1994, los zapatistas se “encontraron” con la sociedad (tan diversa, tan plural, tan tremendamente heterogénea) y se fueron transformando al calor de las relaciones, los vínculos, los intercambios y diálogos. Al

⁹ Consúltese el citado “video” de Marcos (*Leer un video*) y, en el mismo número de *Rebeldía*, el trabajo de Gloria Muñoz Ramírez, con el título de “Los Caracoles: Reconstruyendo la nación”, 2004.

hacer esto, contribuyeron a transformar asimismo a la propia sociedad, a sus sectores sociales más críticos y activos que estaban o entraron igualmente en rebeldía, en resistencia. Desde entonces, la estrategia de los zapatistas se encuentra vitalmente articulada con los intereses, deseos, prácticas y perspectivas de “las sociedades civiles” que lo defendieron de la guerra de exterminio y lo cobijaron. El destino y organización del EZLN se vincularon primero circunstancial y enseguida deliberadamente a los de la sociedad, en especial de todos aquellos núcleos sociales explotados, oprimidos, discriminados, perseguidos, condenados a la soledad y el abandono. La *Marcha por la Dignidad Indígena*, la *Marcha de los Colores de la Tierra* hacia la Ciudad de México en 2001 confirmó —en su largo recorrido en forma de caracol por diversos estados y ciudades mexicanas— la identificación, el compromiso, el vuelco de las “sociedades civiles” hacia los zapatistas, las esperanzas colectivas, multitudinarias de los mexicanos y muchos visitantes (militantes, activistas, intelectuales) de diversos lugares del mundo por la propuesta novedosa y original del EZLN.

De hecho, la estrategia del EZLN se formula ante todo y forma parte, como los propios zapatistas señalan, de la organización de los pueblos,¹⁰ en su obrar para la construcción de su autonomía y su autogobierno. Es una *estrategia de resistencia duradera* que se concibe y estructura como alternativa efectiva de organización de la sociedad y del establecimiento de nuevas relaciones sociales igualitarias y solidarias, sin jerarquías ni mandos verticales. Obviamente arranca y se realiza en las comunidades zapatistas, bases de apoyo del EZLN, pero resulta estrecho y empobrecedor considerar que se trata únicamente de una propuesta o concepción local, regional, ni siquiera con un alcance nacional.

Los zapatistas, al contrario, se han preocupado por propugnar y estimular una perspectiva que se dirige a estructurar y hacer avanzar la autonomía, la autogestión y el autogobierno como formas de dar cauce a una nueva manera de pensar y hacer la política. Desde el principio, su crítica de la política institucional de las democracias realmente existentes (procedimentales, excluyentes, *profesionales*, retóricas) estuvo invariablemente acompañada de planteamientos sobre la necesidad de *otra política*, la política del oprimido, diría yo.¹¹ Una política que se va construyendo bajo muy diversas vías por muchos lugares y para la que los zapatistas simplemente incorporan y

¹⁰ La figura de los *pueblos* remite en México a la historia ancestral de la comunidad y sus formas de socialidad e identidad, al territorio. También se utiliza en la connotación referida a la nación.

¹¹ Véase *supra*.

ponen a consideración su propuesta, su experiencia, su imaginación. Una política, por lo demás, que no puede sino descansar en la reactualización y reproducción de las solidaridades colectivas de los de abajo, siempre presentes, renovables, cambiantes, incluso cuando han sido disgregadas por la acción del neoliberalismo y sus jefes. Es justamente una de sus contribuciones más profundas y decisivas, y curiosamente más incomprendidas y tergiversadas, interpretada incluso por algunos como despolitización, como abandono de la política y no como un intento de transformarla, de redefinirla, de *restablecerle su sentido original ligado a la participación de la gente*, de los ciudadanos titulares de derechos individuales, pero igualmente con identidades muy diversas y derechos colectivos específicos o generales irrenunciables, si bien menguados, socavados invariablemente por los de arriba y por los de en medio (los partidos políticos, los representantes de todo pelaje). Donde se ve contradicción, incongruencia, los zapatistas observan y proponen articulación, conjunción, combinación.

En el fondo, la estrategia política de los zapatistas consiste en construir *los* caminos de las resistencias múltiples que permitan transformar desde abajo la relación de fuerzas de por sí adversa, en la lucha por la defensa de la humanidad y el planeta amenazados por la dominación imperial reconstituida y contra el neoliberalismo que nadie pone en duda es la cara actual del capitalismo. Asimismo, la estrategia parte de una concepción libertaria que se deriva de la lucha por la democracia radical, las libertades individuales y colectivas, la justicia y la igualdad y, sobre todo, de la puesta en práctica de las autonomías, la autogestión y el autogobierno de las comunidades y los pueblos; que se apoya en la resistencia de las propias naciones amenazadas de extinción o subordinación por el nuevo colonialismo que garantiza el orden mundial dominado por Estados Unidos.

La estrategia política del EZLN, en fin, al sostenerse en caminos que atraviesan las distintas “sociedades civiles” (y yo precisaría: los sectores más críticos y en resistencia de la sociedad), contribuye a construir su legitimidad y la legitimidad del movimiento conociéndose y reconociendo al otro, su medio, las condiciones nacionales e internacionales, involucrándose, formando parte, acercando el hombro. Una estrategia libertaria, rebelde, que somete a crítica el mundo opresivo, discriminante y racista, un mundo segregador y excluyente, totalitario, destructivo y devastador, corrompido y degradado, como una forma de construir como alternativa un mundo plural, solidario, igualitario, donde quepan muchas diversidades, otros mundos igualmente dignos y solidarios.

La otra política y la experiencia zapatista

La crisis del Estado mexicano y su régimen político autoritario no ha encontrado una solución de recambio a pesar de recomposiciones recurrentes y debates hueros sobre la pretendida transición democrática. La democracia oligarquizada (con sus reglas de exclusión y autorreproducción) que más bien se ha puesto en práctica en los hechos, asegura una dominación de clase erosionada, que no logra suscitar el consenso social. Mantiene la crisis de representación y legitimidad de instituciones estatales invariablemente frágiles y de regulaciones y reglas políticas a modo, que tras su largo ocaso no han podido sino transfigurar la república imaginaria preexistente en una república inacabada y oligarquizada, todavía ajena a la democracia, combinada con atisbos de una federación (atascada por el centralismo) que desde la Independencia no ha logrado cristalizar. Las elecciones nacionales de 2000 y 2006 mostraron no solo el fracaso de la alternancia política como medio de relegitimación y recomposición estatales, representaron también la quiebra de las ilusiones democráticas de la mayoría de los componentes de la sociedad, lo que no necesariamente genera apatía y en su lugar puede conducir a la revuelta. La crisis de las instituciones se agudizó con la degradación incontenible de la política estatal y la perversión de los actores políticos oficiales, esto es los partidos, la clase política ampliada que simboliza al régimen oligárquico aparentemente en reconstitución, que se aísla socialmente y resulta incapaz de cambiar.

Las contradicciones y conflictos sociales se reproducen desde los espacios y territorios de la sociedad, desbordando o haciendo estallar los conductos y reglas impuestos por la pesadilla de la política estatal que los atiza. Desde abajo brotan y se tejen, así sea intuitivamente, respuestas colectivas

en forma de inconformidades, resistencias y rebeldías, que se realizan en *otra frecuencia*, aunque respondan a estrategias o consecuencias de esa política (explotación, despojo, opresión, criminalización, violencia) y generalmente choquen con sus actores institucionales. Las lógicas con las que los actores oprimidos de la sociedad se conducen en esos momentos de inconformidad y lucha son distintas a las oficiales, alimentan la autonomía, la autoorganización y autoactividad, por lo que se conducen por caminos diversos muchas veces inesperados y con desenlaces impredecibles. Fragmentarias, recurrentes, aisladas o enlazadas por solidaridades, van acumulando de cualquier forma fuerzas y decantando experiencias colectivas. Confrontaciones reivindicativas y políticas (¿ciudadanas?) no dejan de sucederse e incluso combinarse abriendo un horizonte que rebasa la inmediatez y que puede incidir en procesos de politización, de afirmación de identidades particulares y de participación más claramente política.

La sociedad, en efecto, en no pocas de sus capas más oprimidas y aparentemente resignadas, ha vivido experiencias y situaciones que manifiestan su búsqueda por revertir la exclusión política o la política estatal predominante que las condenan al sometimiento. Intentos de explorar o encontrar opciones de participación política, para poner en práctica *otra política desde abajo*, desde pueblos y comunidades, desde los barrios y centros de trabajo, esto es, por recuperar espacios públicos confiscados o acaparados por el Estado y los partidos. En un país dominado desde siempre por el corporativismo y el clientelismo que subordina e integra a los sectores organizados y a los más desvalidos a estructuras como el PRI-Gobierno que anuló toda forma de autonomía, cuando todos los partidos que alegaron cambiar reproducen esos esquemas de dominio y manipulación de la sociedad al margen de sus pretendidas identidades distintas, no resulta extraño que al rechazo de esa situación que se vuelve intolerable y sin sentido, se unan muchos núcleos y organismos de todo tipo y deriven hacia formas de autonomía que les posibiliten convivir ellos mismos, en colectivo, resistir, encontrar espacios y vías para solucionar sus necesidades de vida y no solo de existencia. Una política, entonces, que sea producto de —y acorde a— las necesidades y acciones de una sociedad muy plural y de sus ciudadanos concebidos como diferentes, originales (con múltiples identidades) y con plenos derechos no sujetos a dádivas de los de arriba.

Se trata de un proceso muy largo de luchas y resistencias que se anuncia con la irrupción de los estudiantes y muchos sectores sociales en el ámbito confinado de la política precisamente en 1968, luego de recomposiciones y movilizaciones sociales tanto trabajadores, campesinos,

jornaleros agrícolas, pequeños productores, desempleados, colonos como habitantes pobres de las ciudades contra consecuencias de la crisis capitalista, igualmente mujeres, homosexuales y lesbianas, toda suerte de discriminados y oprimidos por el régimen autoritario y más tarde gente de todas las razones sociales que exigieron devenir ciudadanos en un país sin democracia.

Muchas reivindicaciones económicas y sectoriales brotaron desde la década de 1970 en México, pero igualmente se realizaron muchos intentos de conquistar las libertades políticas y derechos sociales fundamentales confiscados por el régimen priista excluyente. Sindicatos, organizaciones sociales, colectivos de todo tipo, medios independientes al principio restringidos a la prensa escrita fueron invadiendo el acotado y monopolizado espacio de la política mediante movilizaciones y luchas que construyeron autonomías y resistencias en ocasiones duraderas. Las transfiguraciones del Estado y la política estatal, el reconocimiento y conquista de derechos democráticos fueron en gran medida resultados paradójicos de aquellas movilizaciones políticas y sociales. Algunos actores colectivos e individuales acabaron por integrarse en la inacabada recomposición desde arriba del régimen político excluyente, asimilándose como actores o personajes de la clase política entonces ampliada y nutriendo instituciones estatales reformadas a medias. El Partido de la Revolución Democrática (PRD) es su máxima condensación.

Sin embargo, la lucha por la autonomía y por plenos derechos, contra la exclusión y el régimen opresivo y la explotación desmedida que los de arriba han garantizado durante decenios, como dije, no ha dejado de reproducirse mediante múltiples acciones reivindicativas (en el sindicato, la liga campesina, la unión de inquilinos, el barrio, la escuela o facultad, etc.) que concluyeron politizándose. A veces también con irrupciones ciudadanas como la de 1988 en torno a la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas o las de los primeros años del tercer milenio por los ataques a Andrés Manuel López Obrador (desafuero y fraude electoral), cuando cientos de miles de ciudadanos en ciernes se movilizaron contra el abuso de poder y la exclusión. Lo mismo, desde otra perspectiva, con movilizaciones sociales generadas por la irrupción del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) desde 1994 o estallidos como el que dio origen a la Alianza Popular de los Pueblos de Oaxaca (APPO) apenas en 2006. La larga lucha por libertades y derechos políticos y sociales en México ha sido siempre, en el fondo, un combate por la autonomía de los oprimidos frente al poder y sus representantes y hacedores, un combate subversivo por la democracia efectiva, que se muestra en forma notable en momentos polí-

ticos cargados de acontecimientos trascendentales, como los mencionados. Lo más importante, sin embargo, es que la repolitización que implican los esfuerzos de abajo, profesional, sectorial, socialmente, resulta de la autoactividad y autoorganización directa de todos los involucrados, que recurren de tiempo en tiempo a tradiciones ancestrales de resistencia y rebeldía que los distintos núcleos de oprimidos y oprimidas han imaginado y puesto en práctica a través de los años, décadas, siglos, sin realmente importar la geografía. Las diversas formas en que el capitalismo ejerce la explotación, el despojo y la opresión invariablemente han estimulado respuestas también muy diversas de la sociedad, de los de abajo, que confrontan y desordenan las regulaciones, normas y prácticas sociopolíticas reproducidas para asegurar su sometimiento y conformidad.

Como ha quedado señalado, un ejemplo muy significativo en México ha sido el EZLN desde la rebelión indígena del primero de enero de 1994, pues de entrada fue fundamental para la reorganización y relanzamiento de la lucha social y política en México, con la persistencia y continuidad de sus iniciativas nacionales e internacionales. Sobre todo, su brega por una política distinta a la estatal en crisis, de los de abajo, de los oprimidos, lo que los zapatistas llaman precisamente la *otra política*. A pesar de su carácter de organización política y militar, se lanza el EZLN a recorrer todo el país promoviendo directamente lo que denomina la otra campaña, convocada a través de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona de junio de 2005. Realiza, así, un ensayo de construcción en los hechos de otra política distinta a la estatal, una política alternativa, desde abajo y a la izquierda, claramente dirigida a posibilitar la recuperación y transformación del espacio público y combatir la devastación y la explotación capitalista. Aunque arrancó durante la larga campaña electoral por la sucesión presidencial de 2006, *la otra campaña* no se hace contra ella ni directamente contra la política de arriba, sino que las trasciende con otra lógica, bajo principios diferentes, esto es, autónomos y autogestivos, y sobre todo desde una perspectiva de largo plazo en busca de la construcción firme de una alternativa política y social anticapitalista, o sea de carácter emancipatorio.

Su propuesta de *una política muy otra*, como dicen, no la hacen de la noche a la mañana, sino que representa un largo proceso de aprendizaje que, sin duda, comienza cuando el núcleo original de militantes ciudadanos de lo que sería el EZLN encuentra en la década de 1980 a los pueblos indios de Chiapas, cuestiona y se cuestiona sus concepciones, prácticas y formas de relación con las que se formaron y en sus interrelaciones recurrentes, luego cotidianas, con las comunidades, descubren y van reinventando en co-

lectivo junto con y en ellas la manera de apreciar el mundo y de desempeñarse en él. Al reorganizarse desde la base y con metas renovadas, de forma soterrada, clandestina, los pueblos indios van creando prácticas y relaciones que politizan y sientan las bases de otra política.¹ Con sus representantes y responsables locales y regionales para comunicarse, informarse, vigilar en condiciones adversas, es entonces cuando sienten la necesidad de la autonomía que se plantea abiertamente en diciembre de 1994 con la proclamación de los Municipios Autónomos Rebeldes Zapatistas (Marez), luego de la ruptura del cerco militar. La comunidad se reorganiza democráticamente como contrapunto de la organización vertical de los combatientes. Los Marez son un paso fundamental, las comunidades y pueblos empiezan a preparar las condiciones para su bienestar, su vida sin el gobierno institucional (rechazo a los programas sociales), tomando sus propias decisiones colectivas, siempre en condiciones adversas. Luego de 2003, los municipios rebeldes se convierten en la base de la autonomía, articulada por las Juntas de Buen Gobierno (JBG) y una economía de resistencia que representan un cambio cualitativo. Territorios, espacios, recuperados y libres, donde ponen en práctica y construyen día a día nuevas relaciones sociales igualitarias y renovadas maneras de vivir la política sin opresiones, acorde a las necesidades de pueblos y comunidades.

La propia insurrección zapatista del amanecer de 1994 trastoca los presupuestos y prácticas de las revueltas armadas repetidas sobre todo en la geografía nacional y latinoamericana. La irrupción de la sociedad mexicana e internacional en solidaridad con la causa de la original e inesperada revuelta de los pueblos originarios mayas impone igualmente reencontros, necesidades de comunicación y entendimiento, de complicidad y apoyo, que van forjando nuevas formas de relación entre los actores colectivos e individuales, así como prácticas netamente políticas muchas veces inéditas. Del fuego se pasa a la palabra y la palabra se convierte en arma fundamental de la resistencia, lo que, sin embargo, no resulta fácil, pues de entrada en el Diálogo de la Catedral de San Cristóbal se impone el reto de saber escuchar y comprender al otro, de aprender “a escuchar, a decir su palabra, a preguntar y a caminar sumando”.² Diálogos y encuentros, reuniones multitudinarias que brotan y se improvisan muy organizadamente como forma de respaldo de las negociaciones con el gobierno a las que se

¹ Véase Gloria Muñoz Ramírez, *EZLN: 20 y 10, el fuego y la palabra*, México, *Rebeldía/La Jornada Ediciones*, 2003, pp. 56-58.

² *Ibid.*, p. 98.

ven empujados los zapatistas, pero más todavía, como formas de reconocimiento e intercambio, con inéditas consultas movilizadoras de cara a la nación, de los pueblos indios rebeldes que así se vinculan y dialogan con distintas capas de una sociedad sorprendida, crítica, que no deja de hallar razones para la inconformidad y la revuelta.

Las distintas Declaraciones de la Selva Lacandona del EZLN testimonian la búsqueda por parte de los zapatistas de propuestas y caminos para extender y afianzar sus enlaces y entreveramientos con la sociedad. De ahí la propuesta de la Tercera Declaración, en enero de 1995, de llamar “a todas las fuerzas que, sin distinción de credo religioso, raza o ideología política, están en contra del sistema de partido de Estado” para construir un Movimiento para la Liberación Nacional. Lo mismo la de la Cuarta Declaración, un año después, que llama a los ciudadanos sin partido, a los obreros, los trabajadores del campo y la ciudad, los indígenas, los colonos, los maestros y estudiantes, las mujeres, los jóvenes, artistas e intelectuales honestos, los religiosos consecuentes, a todos a la incorporación al Frente Zapatista de Liberación Nacional (FZLN) en tanto “organización civil y pacífica, independiente y democrática, mexicana y nacional, que lucha por la democracia, la libertad y la justicia en México [...] Una fuerza política que no luche por la toma del poder político, sino por la democracia de que el que mande, mande obedeciendo”. Siempre la búsqueda por organizar y articular un instrumento colectivo para avanzar en nuevas formas y prácticas de la política desde la base, adelantando en la definición de los principios para la construcción de un mundo nuevo y bueno, “un mundo donde quepan muchos mundos”. Estimulando, por lo demás, formas inéditas de ligazón con la sociedad que entra en movilización, que se organiza a sí misma (cuando no lo está) y se empeña en tareas previstas en forma creativa por los zapatistas, como el caso de la consulta por el reconocimiento pleno de los derechos de los pueblos indios y el fin de la guerra de exterminio, a la que se dedica la Quinta Declaración de la Selva Lacandona de julio de 1998.

La otra campaña, planteada por la Sexta Declaración, como mencioné, fue un momento privilegiado antes que nada por el recorrido por todo México en que se involucra directamente a buena parte de los comandantes y las comandantas del EZLN, para concretar de este modo el alcance nacional de la alternativa anticapitalista que avizora y por su persistencia durante más de dos años en movilizaciones y encuentros de la comandancia y el Subcomandante Marcos. Ya en 1996 los zapatistas habían hecho realidad el Congreso Nacional Indígena (CNI) como “un espacio de encuentro sin dirigentes ni cúpulas”, que luego se convierte en la columna vertebral de

un insólito y reforzado movimiento de pueblos originarios.³

Esfuerzos todos con diversos resultados (puede hacerse una lista inacabable), pero que muestran la continuidad de iniciativas que tratan de poner en práctica, construir con el consenso de muchos individuos y colectivos redes de resistencia capaces de forjar una *alternativa* política, organizativa, económica y hasta cultural duradera ante la devastación capitalista que amenaza de destrucción a la nación mexicana, al planeta todo. Una y otra vez se muestran los zapatistas dispuestos a impulsar y poner en práctica en todas partes, con todos, por todos y para todos, una nueva forma de hacer la política.

El EZLN aparece como el único actor político (político-militar todavía) que plantea en México la política en términos no estatales, es decir en términos de la política de la sociedad, de los de abajo y que la piensa en los olvidados conceptos de estrategia y de clase, por eso es el único proyecto de lucha efectiva contra la mundialización neoliberal y el orden conservador en crisis en nuestro país, y en buena parte del planeta. Por eso su trascendencia a nivel mundial, su influencia en las resistencias que brotan y se despliegan un poco por todas partes. Su consigna de construir “un mundo donde quepan muchos mundos”, se sostiene en su proyecto libertario, donde la resistencia, la crítica, la rebeldía son condiciones para la emancipación, es decir para lograr la libertad, la igualdad, la justicia y la democracia sustentadas en la autonomía (territorial, social, cultural, política) de los actores, en su autoorganización, en sus prácticas sociales y políticas propias (su autoactividad), en su autogestión y autogobierno.

Al convocar, a través de la Sexta Declaración de la Selva Lacandona a todas las fuerzas políticas y sociales identificadas con la izquierda para impulsar *la otra campaña* en rechazo al orden capitalista neoliberal, como queda apuntado, desató un proceso que sin duda nutrió, fecundó la sensibilidad de casi toda la comandancia del EZLN con la experiencia vital, y no solo política u organizativa, de recorrer todo México, encontrar pueblos, comunidades, colectivos, grupos e individuos (excluidos, proscritos y algunos incluso olvidados, ignorados, hasta en vías de extinción), conocer y descubrir territorios tan distintos, paisajes, atmósferas, climas, ambientes desconocidos, aunque tal vez imaginados, por los zapatistas. Proceso significativo que, si bien fue aleccionador para todos aquellos que encontraron, conocieron

³ *Ibid.*, p. 113 *et passim* y las distintas Declaraciones de la Selva Lacandona, disponibles en: <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/> o en EZLN, *Seis Declaraciones de la Selva Lacandona y otros documentos*, México, Ediciones Eón, 2016.